



Amarás á Dios sobre todo y al prójimo como á tí mismo. — Con el sudor de tu rostro comerás el pan.

Lérida, 2 de setiembre de 1888.

EL OBRERO CRISTIANO PARA EL CRISTIANO PATRONO.

**N**EGAR á las artes gráficas la prioridad para el establecimiento de la consigna de *el obrero cristiano para el cristiano patrono* (como queda anteriormente dicho) sería negar lo evidente; y negar entre dichas artes la primacía á la imprenta, negar la evidencia sería.

¿De dó, si nó, proviene el mayor cúmulo de los males morales y, en su consecuencia, de los males sociales que afligen á la generacion presente, de dó proceden sinó del abuso y mal uso de la imprenta?

No hay error, no hay imoralidad, no hay injusticia que la imprenta

no difunda, propale y patrocine, ni hay vicio que no fomente, ni crimen que no disculpe, ni justicia que no tuerza, ni ley que no tergiverse, ni doctrina que no embrolle, ni defecto que no sancione, ni mal alguno que no propague.

Y ménos mal si la imprenta se contentara con proteger lo malo y combatir lo bueno franca y desembozadamente; porque al fin y al cabo todo el mundo sabria á que atenerse y nadie podria llamarse á engaño. Pero va más, mucho más allá la accion perniciosísima de la imprenta. Por medio de ella se cubre al mal con capa de bien, al vicio se le da tono de virtud, vístese al error con ropage de verdad, se disgraça á la lujuria de modestia, y la injusticia pasa plaza de equidad. So el amparo de la prensa, el egoísmo es caridad, lo cierto es dudoso, lo dudo-

so norma, lo absurdo credo, lo ilegal ley, la ley tiranía; la licencia es libertad, fanatismo la fe, la moral opresión, la religión una conseja, el hombre un mono, Dios un mito, ó, todo lo más, un *quidam, quedam vel quodam*, que lo mismo se cuida de sus criaturas que el gato de hacer cucharas—si no son irreverentes esas pedestres comparaciones.

¡Ah, nó! Digase lo que se quiera, ni los sistemas liberales, azote universal de nuestros tiempos, ni las utopías comunistas, ni los errores filosóficos, ni las doctrinas impías, ateas ó heréticas, ni la creciente inmoralidad reinante, tanto administrativa como carnal, hubieran progresado, difundídose y arraigado tan rápida, extensa y hondamente, si no les hubiese cortado las aguas de ese turbulento mar de las humanas pasiones la poderosa hélice del arte de Guttenberg. ¡Ah! Si el célebre maguntino pudiese hoy levantarse de la tumba para ver los perniciosos frutos de su portentoso invento, de fijo que, despues de maldecir la hora en que lo dió á luz, avergonzado echariase nuevamente en él sarcófago, para no ver la abominación de su arte.

Todo lo dicho es tan claro como la luz meridiana, y no hay que reforzarlo más, porque tampoco es tal el principal objeto de estas líneas.

Queda, pues, sentado, sin sombra de duda, que á la imprenta pertenece la iniciativa para el instituto de la fórmula que encabeza este artículo, y que á la imprenta siguen las demás artes gráficas en general, y en particular las pictóricas y escultóricas, y, en suma, todas las de ornamentación.

Digamos ahora cuatro palabras sobre la aplicacion á todos los oficios del repetido lema: *El obrero cristiano para el cristiano patrono.*

Dicha la frase, ella sola es índice complejo de todo lo que pueda añadirse, y á buen seguro que todo aquel que la leyere verá en conjunto todo cuanto pudiérase en detalle decir; por lo que serémos breves, ya que, además, no es la teoría, sinó la práctica, lo más pertinente en el asunto de que se trata.

A nadie se oculta la necesidad de que los amos cristianos hagan que en sus casas trabajen obreros honrados y de cristianas doctrinas, como nadie desconoce tampoco cuán necesario es que los obreros cristianos trabajen en talleres católicos á todo ruedo.

Saben bien los amos que á nadie mejor que á aquel que teme condenarse si no cumple la ley de Dios, pueden confiar sus intereses; y no ignoran los obreros que nadie mejor que aquel que teme á Dios y guarda su santa ley, les tratará justa y benignamente.

Por otra parte, sabido es que una manzana podrida pudre un cesto de manzanas sanas; y de ahí que, así un obrero malo hace ciento, como uno bueno al lado de otros cojos cojo se hace.

¿Y no es cosa triste, decimos, por ejemplo, ver que una familia cristiana, despues del aprendizaje rudimentario de un hijo suyo en su pueblo, vigilado cerca de sí, lo envíe inocente á la ciudad para perfeccionarse en su oficio, colocándole en un establecimiento cristiano, aun á costa de sacrificios, para que no se pervierta, y que precisamente allí donde creían sus padres tenerle más seguro moralmente haya de encontrar su perdición, por hallar en el establecimiento cristiano sólo obreros incrédulos y de relajadas costumbres? ¿Qué responsabilidad tan tremenda para los amos!

Y lo mismo podria, por la inver-

sa decirse de los amos que entre todos los trabajadores buenos admiten á uno sólo malo.

No cabe duda: si los amos hubiesen cuidado siempre de no admitir trabajadores malos en sus casas, y si los trabajadores buenos no hubiesen querido trabajar nunca en casas de amos malos—aunque los trabajadores tienen más disculpa, porque obran muchas veces obligados de absoluta necesidad — el socialismo no pasaria de ser un fantasma, que jamás habria tomado cuerpo, y nunca se habrian turbado la paz y la cristiana armonía que deben reinar entre los que dan trabajo y los que viven del trabajo de sus manos.

Con gráfica expresion ha dicho un ilustre escritor contemporáneo que «los pueblos son hoy liberales, porque lo fueron ántes los reyes;» y nosotros, parodiando la gráfica expresion del preclaro debelador del liberalismo, decimos:

«Los obreros son hoy socialistas, porque lo fueron ántes los amos.»

Y basta por hoy.

Jaime Cardona.

---

## ECOS DE LA PRENSA.

---

### El trabajo cristiano.

(*Propaganda católica.*)

No puede eximirse en manera alguna la moderna civilizacion de la nota de materialista, como quiera que tal nota corresponde directa y exactamente á su propia esencia y constituye el sello y la marca que la caracteriza. Obsérvase más señaladamente este carácter en todo aquello que se relaciona con el trabajo, ley comun á que nace subordinada la naturaleza humana.

El concepto materialista del trabajo y las nuevas costumbres que ha formado han suscitado problemas pavorosos, ántes desconocidos, con daño y malestar profundo para la sociedad y para el individuo.

El punto de partida de todos los errores materialistas que han contaminado la filosofía, la economía política y las costumbres, no es otro que la falsa nocion del origen y destino del hombre, de su mision y fin en esta vida. El filósofo cristiano, y como él, cualquier niño de nuestras escuelas, armado de su catecismo, sabe que viene de Dios y que va á Dios; que el hombre, criatura decaída y viciada en su origen por la culpa primitiva, depende de su Criador, á quien ha de servir en esta peregrinacion, que es la vida, posponiendo los bienes deleznable y caducos, los goces mentidos que en ella se le ofrecen, á los que en la eterna, su verdadera patria, le están reservados, como galardón de sus luchas y fatigas y satisfacion adecuada á sus nobilísimas facultades. Nada de esto quiere entender el materialismo, que reduce al hombre á la condicion de las bestias, seres privados de razon, de moralidad y de conciencia, é incapaces de otros goces que los bajos y groseros de los sentidos. Y aun por este lado al sér de razon le hace inferior á los brutos animales; los cuales, en el uso de los bienes sensitivos no traspasan aquella medida que conviene á las necesidades de su vida orgánica, y no corrompen ni degradan por el abuso la naturaleza que el Sumo Hacedor les concediera.

Para el materialista el goce es el único objeto y fin del hombre en la tierra. Ante la triste realidad de la vida, que nos presenta por do quiera espinas y dolores, desengaños y desgracias, lágrimas y quebrantos,

desigualdades sociales necesarias y públicas miserias irremediables, se empeña en no ver más que flores nunca marchitas, deleites, regalos y comodidades siempre multiplicadas. Aquel su principio capital aplicado á la constitucion social de los pueblos, viene á dividir á los hombres en dos solas clases: los *afortunados* y los *desheredados*. El secreto para gozar mucho consiste en la explotacion de la tierra, en la transformacion de la materia, en la produccion. Producir mucho; hé aquí la palanca que ha de remover el mundo, haciendo felices á todos los hombres; por esta ley del materialismo nacen hermanadas y marchan íntimamente unidas la necesidad del trabajo y la necesidad del goce. No es el estímulo del deber y la voz de la conciencia lo que aguijonea y determina al hombre para aceptar la penosa carga del trabajo, sinó *única y absolutamente* el cebo del interés y de la prespectiva de los deleites materiales. Arranca del fondo de este sistema y pasa desde luego á la esfera de los hechos una falsedad enorme y una desigualdad irritante. La explotacion de la tierra se traduce en la explotacion del hombre; la transformacion de la materia para el desarrollo y aumento de la riqueza, léjos de producir una distribucion regular y equitativa de la fortuna, origina un desequilibrio gravisimo tal, que coloca la riqueza toda en manos de unos pocos, dejando á la inmensa mayoría en completa miseria.

El principio materialista engendra en todos fiebre de placeres, ambiciones insaciables, y ocasiona en los ricos el abuso y demasia, en perjuicio de los inferiores, por la codicia desenfundada ó el immoderado afan de ganancia, y en los pobres la envidia y la desesperacion, la indis-

ciplina, la desobediencia, la aversion á la sujecion y al trabajo, el ódio á los superiores y á los ricos y poderosos del siglo. Todo este conjunto de males es en puridad una renovacion de los tiempos del paganismo, afrentoso espectáculo para una edad como la nuestra que se precia de haber establecido sólidamente el reinado de la libertad y abolido toda esclavitud en nombre del progreso. Por virtud de ese mismo progreso materialista y de esa civilizacion pagana se sostiene y fomenta la esclavitud del trabajo, que encierra en una situacion penosísima y miserable á multitud de hombres, negándoles los derechos que les asisten como seres racionales. Sin contar los millares y millares que viven, si aquello es vivir, sepultados en las minas, privados hasta del beneficio de la luz del dia, sin recordar los muchos infelices á quienes se sacrifica despiadadamente para llevar á cabo la terminacion de atrevidas construcciones; bien á la vista está el obrero de nuestras fábricas y talleres, *anima vilis* de orgullosos economistas y de poderosos industriales sin entrañas; ahí le tenemos en contacto con sus filántropos maestros, los redentores de la humanidad por el progreso material y la democracia; y en ese obrero tan halagado y alucinado por una parte, pero tan rebajado y maltratado en realidad, y más digno de compasion de lo que él mismo se imagina, podemos examinar en todo su alcance la obra de la civilizacion materialista.

Hablándose mucho en nuestros dias á todos los hombres de sus derechos y nada de sus deberes, se ha predicado á las clases inferiores, á las masas obreros, nó el deber impuesto por Dios de *ganar el pan con el sudor de su rostro*, sinó el derecho

de arrancar un salario á los amos, *tiránicos opresores por naturaleza*; nó la obligacion de trabajar, sinó el *derecho al trabajo*; y una vez dueños de esta arma, los obreros la han sabido esgrimir impulsados ya por la necesidad, ya por la pasion, cuando se les ha ofrecido ocasion oportuna, y á despecho de todos los conflictos económicos y de todas las crisis fabriles que paralizan el trabajo. Mas ¿qué beneficio han logrado? El trocarse de pacíficos trabajadores en turbas amotinadas perturbadoras del orden publico, y servir de *carne de cañon* el dia en que la autoridad se resuelve á restablecer la tranquilidad seriamente alterada. La Iglesia, autora de la paz y conservadora del verdadero orden en todos los tiempos, hace en beneficio de la sociedad y del individuo har-to más que los sabios con sus pre-tenciosos sistemas y que los hom-bres de Estado con sus aparatos de fuerza, inculcando sus repectivos deberes tanto á los operarios como á los amos, capitalistas y fabrican-tes. A los primeros enseña y reco-mienda la obediencia, la paciencia, la moderacion en medio de las fati-gas y pesadumbre de su trabajo; á los segundos la caridad para que en lo tocante al salario, á las horas de trabajo y demás condiciones que afecten á lo obreros, no les graven ni les hagan sufrir injustamente: á unos y á otros prescribe la morali-dad, esto es, una vida sobria y mo-rigerada, apartada de vicios y des-órdenes.

Rafael Cano.

(Concluirá.)

## El obrero.

A la puerta de su casa compartia con sus hijos el obrero, en los dias

de la tercera república francesa, su frugal pedazo de pan.

Pálida, desnuda, agitada, se presentó en esto la miseria y le dijo:

—¡Estoy perdida! si no te apiadas de mí, seré víctima de los cazadores que me persiguen y de la voracidad de sus perros.

—Ocúltate debajo de esta paja que me sirve de cama.

Hízolo así: llegó la jauría; los perros husmearon, y no hallando nada, perdieron la pista, alejándose á la voz de los cazadores.

Satisfecho el obrero, oye estas frases de la miseria:

—Eres un hombre digno de mejor suerte, un hombre honrado: me has salvado la vida y jamás lo olvidaré. ¡Juro no abandonarte!

La miseria cumplió su palabra. Desde entónces permanece inseparablemente unida al obrero.

Abrumado el hijo del pueblo, para aliviarla acudió á todos los extremos. Quiso explotar la huelga como recurso infalible para mejorar su situacion. Todo fué inútil; su pobreza se hacia casi insoportable. Cansado ya y renegando de su fatal destino, pensó hacerse anarquista, dando cabida en su extraviado cerebro á la idea del terror que habia oído inculcar en la tenebrosa logia.

Juró odio á todo poder; reivindicacion de la propiedad para el pueblo; exterminio del género humano.

La miseria no le contuvo; pero en un momento de lucidez, sentado un dia á la puerta de su barraca, viendo jugar á sus hijos pequenuelos, apareció un anciano de bondadosa faz y le dijo:

—Desoye los acentos de la enemiga que te ha tocado en suerte y oye los de un amigo. Piensa en tus hijos, víctimas inocentes del dolor que te rodea, y sígueme.

—¿Quién eres?—replicó el obrero.  
—¿Dónde quieres llevarme?

—Quiero llevarte por el camino de la felicidad. Tú acogiste á la miseria y yo vengo á librate de ella.

Soy el trabajo.

Hormiguita.

---

## DOCUMENTOS.

---

### ENCÍCLICA "DE LA LIBERTAD HUMANA."

(Continuacion.)

No de otra manera se ha de juzgar la que llaman *libertad de enseñanza*. No puede, en efecto, haber duda de que sólo la verdad debe llenar el entendimiento, porque en ella está el bien de las naturalezas inteligentes y su fin y perfección; de modo que la enseñanza no puede ser sino de verdades, tanto para los que ignoran como para los que ya saben, para llevar á unos al conocimiento de la verdad y conservarlo en los otros. Por esta causa, sin duda, es deber propio de los que enseñan librar de error los entendimientos y cerrar con seguros obstáculos el camino que lleva á opiniones engañosas. De aquí se ve cuanto repugna á la razon esta libertad de que tratamos, y cómo ha nacido para pervertir radicalmente los entendimientos al pretender serle lícito enseñarlo todo segun su capricho, licencia que nunca puede conceder al público la autoridad del Estado sin infraccion de sus deberes. Tanto más cuanto que vale mucho para con los oyentes la autoridad del maestro, y es rarísimo que pueda el discípulo juzgar por sí mismo si es ó nó verdad lo que explica el que enseña.

Por lo cual es necesario que esta libertad no salga de ciertos términos si ha de ser honesta, es decir, si no ha de verificarse impunemente que la facultad de enseñar se trueque en instrumento de corrupcion. Pero las verdades acerca de las que ha de versar únicamente la doctrina del preceptor son de dos géneros: naturales y sobrenaturales.

Las naturales, como son los primeros principios y los deducidos inmediatamente de ellos por la razon, constituyen un como patrimonio comun del género humano; y puesto que en él se apoyan como en firmísimo

fundamento las costumbres, la justicia, la religion, la misma union social, nada sería tan impío, tan neciamente inhumano como el dejar impune su profanacion y destrozo. Ni ha de conservarse ménos religiosamente el preciosísimo y santísimo tesoro de las cosas que conocemos por habérnoslas revelado el mismo Dios. Las principales se demuestran con muchos é ilustres argumentos de que usaron con frecuencia los apologistas, como son: el haber Dios revelado algunas cosas; el haberse hecho carne el Unigénito de Dios para dar testimonio de la verdad; el haber fundado el mismo Unigénito una sociedad perfecta, que es la Iglesia, de la cual es cabeza El mismo, y prometió estar con ella hasta la consumacion de los siglos. A esta sociedad quiso que quedaran encomendadas cuantas verdades enseñó, con condicion de que las guardase, las defendiese y con autoridad legítima las enseñase; y á la vez ordenó á todos los hombres que obedecieran á su Iglesia no ménos que á Él mismo, teniendo segura los que así no lo hicieran su perdicion sempiterna. Consta, pues, claramente que el mejor y más seguro maestro del hombre es Dios, fuente y principio de toda verdad, y tambien el Unigénito, que está en el seno del Padre, y es camino, verdad, vida, luz verdadera que ilumina á todo hombre, y á cuya enseñanza han de prestarse todos dócilmente: *Et erunt omnes docibiles Dei*. Pero en punto de fe y de costumbres hizo Dios á la Iglesia partícipe del magisterio divino, y, con beneficio tambien divino, libre de error: por lo cual es la más alta y segura maestra de los mortales, y en ella reside el derecho inviolable á la libertad de enseñar. Y de hecho, sustentándose la Iglesia con la doctrina recibida del cielo, nada ha antepuesto al cumplimiento exacto del encargo que Dios le ha confiado; y más fuerte que las dificultades que por todas partes la rodean, no ha aflojado un punto en defender la libertad de su magisterio. Por este camino, desterrada la supersticion miserable, se renovó el orbe segun la cristiana sabiduría. Pero como la razon claramente enseña que entre las verdades reveladas y las naturales no puede darse oposicion verdadera, de modo que cuanto á aquéllas se oponga ha de ser por fuerza falso, por lo mismo dista tanto el magisterio de la Iglesia de poner obstáculos al deseo de saber y adelantó en

las ciencias, ó retardar de algun modo el progreso y cultura de las letras, que ántes las ofrece abundantes luces y segura tutela. Por la misma causa es de no escaso provecho á la misma perfeccion de la libertad humana, puesto que es sentencia de Jesucristo, Salvador nuestro, que el hombre se hace libre por la verdad: *Cognoscetis veritatem et veritas liberabit vos*. No hay, pues, motivo para que la libertad genuína se indigne y la verdadera ciencia lleve á mal las justas y debidas leyes con que la Iglesia y la razon á una exigen que se pongan límites á las enseñanzas de los hombres; ántes bien la Iglesia, como á cada paso lo atestiguan los hechos, al hacer esto primera y principalmente para proteger la fe cristiana, procura tambien fomentar y adelantar todo género de ciencias humanas. Bueno es, mirado en sí mismo, y laudable, y debe buscarse lo escogido de la doctrina; y toda condicion que sea originada de un recto juicio y esté conforme con la verdad de las cosas sirve no poco para ilustrar las mismas cosas que creemos por revelacion divina. El hecho es que á la Iglesia se deben estos verdaderamente insignes beneficios: el haber conservado gloriosamente los monumentos de la antigua sabiduría; el haber abierto por todas partes asilos á las ciencias; el haber excitado siempre la actividad del ingenio, fomentando con todo empeño las mismas artes de que toma ese tinte de urbanidad nuestro siglo. Por último, no ha de callarse que hay un campo inmenso, patente á los hombres, en que poder extender su industria y ejercitar libremente su ingenio, á saber: todo aquello que no tiene relacion necesaria con la fe y costumbres cristianas, ó que la Iglesia, sin hacer uso de su autoridad, deja íntegro y libre al juicio de los doctos. De aquí se entiende qué género de libertad quieren y propalan con igual empeño los secuaces del *Liberalismo*: de una parte se conceden á sí mismos y al Estado una licencia tal que no dudan en abrir paso franco á las opiniones más perversas; de otra ponen mil estorbos á la Iglesia, limitando su libertad á los términos más estrechos que les es dado, por mas que de la doctrina de la Iglesia no ha de temerse inconveniente alguno, sinó esperarse grandes provechos.

Tambien se pregona con grande ardor la que llaman *libertad de conciencia*, que, si se

toma en el sentido de ser lícito á cada uno, segun le agrade, dar ó no dar culto á Dios, queda suficientemente refutada con lo ya dicho. Pero puede tambien tomarse en el sentido de ser lícito al hombre, segun su conciencia, seguir en la sociedad la voluntad de Dios y cumplir sus mandatos sin el menor impedimento. Esta libertad verdadera, digna de los hijos de Dios, y que ampara con el mayor decoro la dignidad de la persona humana, es superior á toda injusticia y violencia, y fué deseada siempre y singularmente amada de la Iglesia. Este género de libertad reivindicaron constantemente para sí los apóstoles, ésta confirmaron con sus escritos los apologistas, ésta consagraron con su sangre los mártires en número crecidísimo. Y con razon, porque esta libertad cristiana atestigua el supremo y justísimo señorío de Dios en los hombres, y á la vez la primera y principal obligacion del hombre para con Dios. Nada tiene de comun esta libertad con el ánimo sedicioso y desobediente, ni ha de creerse en ninguna manera que pretenda separarse del respecto debido á la autoridad pública; porque en tanto asiste á la potestad humana el derecho de mandar y exigir obediencia en cuanto no disienta en cosa alguna de la potestad divina, conteniéndose en los límites que ésta ha determinado; pero cuando se manda algo que claramente discrepa de la voluntad divina, se va léjos de los límites dichos y se choca juntamente con la divina Autoridad; por donde entónces el no obedecer es lo justo.

Al contrario, los fautores del *Liberalismo*, que hacen al Estado amo y sin límites en el poder, y pregonan que hemos de vivir sin tener para nada en cuenta á Dios, no conocen esta libertad de que hablamos, tan unida con la honestidad y la religion. Y si para conservarla se hace algo, lo imputan á crimen cometido contra la justicia y contra la sociedad. Si hablasen con verdad, no habria tiranía tan cruel á que no hubiese obligacion de sujetarse y sufrirla.

Muchísimo desearia la Iglesia que en todos los órdenes de la sociedad penetraran de hecho y se pusieran en práctica estos documentos cristianos, que hemos tocado sumariamente; porque en ellos hay encerrada suma eficacia para sanar los males actuales, no pocos ciertamente ni leves, y nacidos en gran parte de esas mismas libertades prego-

nadas con tanto encomio, y en que parecían contenerse las semillas del bienestar y de la gloria.

Pero el éxito burló la esperanza, y en vez de frutos deliciosos y sanos, los hubo acerbos y corrompidos. Si se busca remedio, búsqese en el restablecimiento de las sanas doctrinas, de que sólo puede esperarse con fiadamente la conservación del orden, y la tutela, por tanto, de la verdadera libertad. A pesar de todo, la Iglesia se hace cargo maternalmente del grave peso de la humana flaqueza, y no ignora el curso de los ánimos y de los sucesos, por donde va pasando nuestro siglo. Por esta causa, y sin conceder el menor derecho sino sólo á lo verdadero y honesto, no rehuye que la autoridad pública soporte algunas cosas ajenas de verdad y justicia, con motivo de evitar un mal mayor ó de adquirir ó conservar mayor bien.

Aun el mismo prudentísimo Dios, con ser de infinita bondad y todopoderoso, permite que haya males en el mundo, parte para que no se impidan mayores bienes, parte para que no se sigan mayores males. Justo es imitar en el gobierno de la sociedad al que gobierna el mundo; y aun por lo mismo que la autoridad humana no puede impedir todos los males, debe *conceder y dejar impunes muchas cosas que han de ser, sin embargo, castigadas por la divina Providencia y con justicia* (1). Pero en tales circunstancias, si por causa del bien comun, y sólo por ella, puede y aun debe la ley humana tolerar el mal, no puede, sin embargo, ni debe aprobarlo ni quererlo en sí mismo; porque, como el mal en sí mismo es privacion de bien, repugna al bien comun, que debe querer el legislador y defenderlo cuanto mejor pueda.

(Concluirá.)

---

## SECCION VARIA.

---

### EL SANTO Y EL NIÑO.

---

El santo obispo de Hipona,  
De la Trinidad queriendo  
Penetrar el soberano  
Incomprensible misterio,

---

(1) S. Aug. *De lib. arb.* l. 1.<sup>o</sup>, c. 6, n. 4.

Hacia la orilla del mar  
Fuése un dia discurriendo,  
Pensativo en sus estudios,  
En su incompreension perplejo;  
Cuando acertó á ver un niño  
Que, con un vaso pequeño,  
Agua del mar iba echando,  
Cada vez con más anhelo,  
En un reducido hoyo

Que abierto habia en el suelo.

—Díme, niño, ¿qué pretendes  
Hacer con tan vivo empeño,  
A lo que yo juzgo, inútil?...  
—Nó tal, á fe, pues pretendo

El agua toda del mar  
Encerrar en este hueco.

—Pero ¡estás loco, muchacho!

¡Afan imposible, necio!

¡Meter al mar! ¡que locura!

¡En un hoyo tan pequeño!—

Y el niño responde al santo:

—Cosa más fácil es esto

Que lo que vas indagando

Comprender tu agudo ingenio.—

Dijo y desapareció

El niño. Quedó suspenso

San Agustin, y vio claro

Que el más claro entendimiento,

Si á la fe no se sujeta,

Vaga en ignoto desierto,

Sin iman, norte, ni guia,

Luz, senda ni derrotero.

—

¡A cuántos el caso éste

Podria servir de ejemplo;

A cuántos que por *no existe*

Traducen el *no comprendo!*

Jaime Cardona.

28 de agosto, 1888.

---

## El martillo de San José.

---

—Claro está, señor Pamplinas: aspira á enriquecerse, á gozar, á tomar parte en ese banquete, mejor dicho, en esa orgía en que ustedes, los hombres del *trabajo sin Dios*, han querido convertir la vida humana. Han oido ustedes decir que el tiempo es oro, que el trabajo es oro, nunca que es virtud, y han di-

cho: «¡Hola! ¿Con que no hay nada de aquello que se decía ántes? ¿Con que el trabajo no es para servir á Dios, sinó para gozar y hacerse rico? ¿Con que no es un medio de alcanzar el cielo, sinó de disfrutar en la tierra? ¡Ah, torpes de nosotros que, creyendo lo contrario, dirigíamos la vista hácia arriba, en vez de dirigirla hácia abajo! Basta, basta; desde hoy trabajaremos, como vosotros, ¡para gozar, para enriquecernos!» Pero es el caso, que con vuestras *matemáticas* os habeis llevado todo el oro, y con vuestra *mecánica* habeis monopolizado el trabajo. Eso no es justo; puesto que no hay cielo, venga oro: el oro ó la muerte.

Cuando acabé de hablar, miré á don Eusebio, y ví que se rascaba la calva.

—Sí, señor—dijo no sabiendo por dónde salir—no niego que hay misterios....

—Nó, señor Pamplinas; lo que hay no son misterios, sinó mentiras. Las mentiras del liberalismo anticristiano, que despues de transformar todos los fundamentos de la sociedad, ha trastornado tambien los del trabajo.

Vea usted si no la historia.

Mientras ricos y pobres se afanaron por servir á Dios, ni el rico tuvo codicia de acaparar, ni el pobre pensó en tenerle envidia.

El Evangelio decía al primero: «Eres el depositario de tu riqueza: ¡ay de tí si no la aplicas santamente!» Y decía al segundo: «Eres el administrador de tu inteligencia; ¡ay de tí si no la empleas como es debido!»

Y como uno y otro tenían fe, ante la necesidad de cumplir la divina ley, acallaban sus pasiones y se auxiliaban mutuamente, buscando en el trabajo, nó la realizacion de sueños ambiciosos, sinó la satisfaccion de necesidades verdaderas.

Cierto que entónces no existían esas grandes industrias que hoy admira el mundo; pero tampoco existían esos monopolios y esas centralizaciones de trabajo que hoy le comprometen.

No había tanta riqueza, pero andaba mejor repartida; pues mientras arriba abundaba la caridad, contrapeso de la codicia, abajo abundaba la fe, aguijón de la laboriosidad.

¡Armonía feliz, que sólo pudieron odiar los ambiciosos y los malvados!

Y la odiaron.

«Hijos del pueblo — dijeron los nuevos apóstoles, tomando el pomposo nombre de *libre-pensadores*;— no es cierto que el hombre trabaje para servir á Dios; eso es una antigüalla; el hombre debe trabajar para enriquecerse, para gozar y para convertir este mundo, por medio de *la ciencia*, en un verdadero paraíso. Ayudadnos á la obra.»

Y el pueblo creyó la patraña y ayudó á construir el paraíso nuevo.

Mas ¡ay! que en ese paraíso no debía entrar él.

El ángel de la codicia, colocado en la puerta, le dijo: «¡atrás, pobre Adán desnudo! aquí no entran más que los hijos de la fortuna.»

Y el pueblo infeliz se quedó á la puerta; y desde entónces empezó á ver, cómo poco á poco, siguiendo la ley de la ambicion humana, el oro buscó al oro, como los rios al mar.

En vano clamó entónces, al ver arruinarse sus pequeñas industrias absorbidas por las grandes; en vano se declaró en huelga para resistir el descenso de los jornales, efecto inmediato de la competencia; en vano pidió trabajo al ver comprometido hasta su pan de cada día; nadie le oyó.

El ruido de la civilizacion sin

Dios no ha dejado nunca oír la voz de los miserables.

Mas hé aquí que esos miserables, excitados por otros apóstoles, se levantan hoy pidiendo venganza. ¿Oye usted señor Pamplinas? ¿Oye usted los gritos de la?...»

—«¡Dinero! ¡dinero! ¡queremos dinero! ¡Viva Luísa! — gritaron en aquel momento un millon de voces espantosas invadiendo de repente la Iglesia por todas partes.»

—¡La revolucion! ¡Luísa Michel! —exclamó el señor Pamplinas, más blanco que la cera.— ¡Estamos perdidos!

Y no sabiendo dónde esconderse, corrió como una rata á meterse bajo del altar del santo, gritando:— ¡Ay santo mio, sálvame de ésta, y te ofrezco abrir una cátedra de doctrina cristiana!

Yo volví la cabeza, y corrí apresuradamente hácia la puerta para enterarme de lo que era aquéllo. Mas hé aquí que, en aquel momento, me veo venir al sacristan de la parroquia con una caña en la mano y hecho un energúmeno, corriendo tras un centenar de muchachos.

—¡Pícaros! ¡Habrás visto tunantería! ¿Pues no se han empeñado esos galopines en que la *señá* Luísa, la estanquera, les dé hasta los cuartos de la saca, porque ha venido á bautizar á su sobrino? ¡Señor! ¡Señor! ¡y cómo se pone el mundo!

—¡Toma, toma, con que es un bautizo!—dije yo echándome á reír.—Señor Pamplinas — exclamé corriendo hácia el altar;— salga usted, hombre, salga usted. Si no es Luísa Michel; si es la estanquera de la esquina, que viene á hacer un cristiano.

—¡Ay Dios mio, gracias!— exclamó el señor Pamplinas saliendo del escondite lleno de telarañas.— Verdaderamente que lo que hace falta

para vivir en paz es que haya más cristianos en el mundo. Pero por mi parte, le digo á usted que no quedará; pues, cumpliendo lo que he prometido, desde hoy abro en mi colegio de artesanos una cátedra de religión y moral.

Efectivamente el señor Pamplinas cumplió su palabra, y desde aquel día, al par de matemáticas, enseñó á sus discípulos el arte de servir á Dios.

Por lo visto, miétras estaba escondido, el maestro carpintero de Nazaret le habia dado algun golpe.

A. C. y G.

(Lectura popular)

## COSAS Y QUISICOSAS.

Refiere un periódico francés, que no há mucho tiempo, en Tours, un obrero del camino de hierro de Orleans se presentó al Círculo católico, diciendo que hartó de una vida infernal queria ser en lo sucesivo buen cristiano; y, en efecto, los domingos siguientes se notó su asistencia puntual y su ferviente devoción. Mas presto sus camaradas, que supieron su cambio de vida, comenzaron á perseguirle con burlas, sarcasmos é injurias de todo género. A todas ellas opuso nuestro obrero invencible fortaleza. Al venir un día á recoger su blusa en el lugar en que de ordinario la dejaba, vió un grande escapulario que, para burlarse de él, sus compañeros habian puesto entre dos velas encendidas. Ocultos los obreros por allí cerca, le recibieron con estrepitosas carcajadas. Entónces él, sin desconcertarse, tomó el escapulario, le besó con respeto y volviéndose á los burlones les dijo: «Precisamente no tenia escapulario. Voy á hacerle bendecir y

tendré muchó gusto en llevarle conmigo. Gracias, amigos míos.» Conmovidos ante perseverancia tan heróica, desde aquel momento cesaron las burlas, y movidos por su buen ejemplo, han ingresado cincuenta obreros en el Círculo, al que concurren asiduamente.

¡Quiera Dios que en los Círculos católicos de obreros españoles se conozca este hecho, y que este valiente obrero tenga en casos análogos dignos imitadores!

\*\*\*

En algunos pueblos de las Islas Baleares, cuando un labrador pobre ha caído enfermo, y están sus campos sin cultivar, y corre riesgo de que con la tardanza se le malogre al infeliz la anhelada cosecha, toma la voz por él el párroco en la misa mayor, y ruega á los demás labradores que al salir de ella vayan todos al campo del compañero y se lo labren en día festivo, dispensando así, como puede hacerlo, del precepto eclesiástico de no trabajar aquel día, en gracia de ocuparlo en obra tan meritoria. Y, en efecto, al salir de misa mayor van los vecinos y quítanse el traje de fiesta, toman sus aperos, y, al son del tamboril muchas veces, se emplean juntos en aquella obra de caridad.

Esta asociación de socorros mútuos, establecida por el cura de la parroquia, recuerda la influencia que ha ejercido siempre la Iglesia en favor del menesteroso.

\*\*\*

Del *Correo catalan*, del lunes:

«Segun estaba anunciado, perpetróse ayer mañana en el Circo Ecuéstre el meeting socialista, en el que varios «compañeros» disparataron de tal suerte, que el delegado de la autoridad civil tuvo que suspender el acto. Hé aquí extractados los *dis-*

*ursos* que pronunciaron aquellos *oradores*. Uno de éstos sostuvo la necesidad de una agrupacion general en España de la jornada legal de ocho horas, la unidad fija en los salarios, y el apoyo y auxilio mútuo en caso de huelga, bajo los puntos de vista económico y político; otro indicó que la organizacion del partido socialista respondia á la necesidad de plantear reformas radicales y necesarias al obrero y que su propósito era sustituir el poder burgués por el poder obrero, y repartir socialmente el lucro del trabajo, que ya en la actualidad se verifica socialmente. Afirmó otro compañero que no existia ninguna ley que declarase constituciones inviolables á los prohombres de sus partidos, opinó incurable la crisis económica social fuera del socialismo, y sostuvo que el obrero llevado á la miseria, entre morir de hambre ó morir en defensa de sus intereses y necesidades, optará siempre por lo último; que la burguesía entrega cada día nuevos elementos, que expele de sí al partido socialista, y que la justicia, el ejército y el clero son elementos improductivos. Proclamó la necesidad, para el socialismo, de apoderarse del poder político para imperar; poder político que no se conquista en los comicios, sinó despojando al gobierno de la burguesía y sustituyéndole. Calificó á los gobiernos de perros de presa de la burguesía. Y no soltó más barbaridades, por haber suspendido el acto el representante de la autoridad.»

\*\*\*

De nuestro querido hermano el *Obrero de Nazaret* es lo que sigue:

«Como hemos recomendado muchas veces, los Círculos de ben ocuparse en trabajos de agremiacion y corporacion católicas. Francia no

descuida esta importante materia, y cada día van aumentando las corporaciones de obreros y patronos. En Castelsarrasin, el sindicato ha publicado sus estatutos y se ocupa sin descanso en formar una sociedad de socorros mútuos.

»En Rennes va progresando el alistamiento de los sindicatos; cada semana se cuentan inscripciones nuevas de patronos y obreros.

»El comité de honor de las asociaciones de Carcassonne ha nombrado un jefe de seccion para ocuparse del sindicato de edificaciones, y otro se ocupa en proporcionar vestido á los hombres.

»El comité de honor para mujeres está viendo que los resultados superan á las esperanzas; la última reunion, á la que asistieron 120 obreras y 40 señoras, le ha dado tal importancia, que dos meses despues ha hecho negocios por 30000 francos.

»En Mallemerí se ha fundado el primer sindicato agrícola.

»En Reims, ante un auditorio de más de 300 personas, ha inaugurado Leon Harmel las reuniones obreras, en las que ha expuesto los medios por los cuales la obra de los Círculos católicos se esfuerza en aplicar al mundo del trabajo las enseñanzas de la Iglesia. Esta sesion era el preludio de las reuniones siguientes, en las que se han estudiado ya estas dos cuestiones:

»1.<sup>a</sup> ¿El individualismo que caracteriza actualmente al mundo del trabajo, es decir, la especie de separacion que existe entre patronos y obreros y entre los mismos obreros, es favorable á la prosperidad de la profesion y de la industria?

»2.<sup>a</sup> ¿La niñez es respetada en su cuerpo y en su alma? ¿Que medios favorables deberian adoptarse en los talleres?»



A uno de los siete sabios de Grecia le hicieron las siguientes preguntas:

- 1.<sup>o</sup> ¿Qué cosa es la más antigua?
- 2.<sup>a</sup> ¿Qué cosa es la más bella?
- 3.<sup>a</sup> ¿Qué cosa es la más grande?
- 4.<sup>a</sup> ¿Qué cosa es la más cómoda?
- 5.<sup>a</sup> ¿Qué cosa es la mejor?
- 6.<sup>a</sup> ¿Qué cosa es la más veloz?
- 7.<sup>a</sup> ¿Qué cosa es la más sábia?
- 8.<sup>a</sup> ¿Que cosa es la más poderosa?
- 9.<sup>a</sup> ¿Qué cosa es la más fácil?
- 10.<sup>a</sup> ¿Qué cosa es la más difícil?

A las cuales respondió:

1.<sup>a</sup> *Dios* es lo más antiguo, porque siempre ha sido.

2.<sup>a</sup> El *mundo* es la cosa más bella, porque es obra de Dios.

3.<sup>a</sup> El *espacio* la cosa más grande, porque las comprende todas.

4.<sup>a</sup> La *esperanza* es lo más cómodo, porque perdidos todos los bienes, queda ella sola.

5.<sup>a</sup> Nada hay mejor que la *virtud*, porque sin ella no hay cosa buena.

6.<sup>a</sup> Nada más veloz que la *mente* del hombre, porque en un instante recorre el universo.

7.<sup>a</sup> Lo más sabio es el *tiempo*, porque todo lo enseña.

8.<sup>a</sup> La *necesidad* es lo más poderoso, porque todo lo vence.

9.<sup>a</sup> Nada más fácil que *dar consejos*.

10.<sup>a</sup> Nada más difícil que *conocerse á sí mismo*.



Leo en un periódico que al tenor Gayarre le han ofrecido cuatro mil duros por cada noche que cante en el teatro de no sé dónde. ¡Y aun habrá quien se queje porque hay cura que cobra cuatro reales por cantar en un entierro!

«Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno.»

Jaime.